

## **SOBRE LA FUNCIÓN DEL PERIODISTA EN TIEMPOS DE DESASTRE**

JUAN-FRANCISCO TORREGROSA CARMONA  
juanfrancisco.torregrosa@urjc.es

### **¿Para qué servimos los periodistas? (hoy)**

José María Izquierdo  
Los libros de la catarata  
ISBN: 978-84-8319-799-8  
Madrid, 2013. 128 páginas



El libro que firma José María Izquierdo, veterano periodista, bucea en las cuestiones que más inquietan, hoy como ayer, a quienes defienden la actividad del periodismo como función esencial en cualquier sociedad que se pretenda avanzada. Ahora bien, en los que podríamos llamar tiempos de desastre (económico, político, laboral...), las viejas vertientes del debate conviven necesariamente con la nueva realidad que presentan los medios.

El texto ofrece una reflexión de fondo bien articulada y acompasada con los agradables mimbres de la fina ironía, las metáforas clarificadoras y los ejemplos prácticos que tanto pueden ayudar, en particular, a los estudiantes o jóvenes periodistas. De la primera a la última página se desprende una insobornable defensa del oficio y de la profesión del periodista digno de ese nombre (“Para ser útil como médico, lo primero es ser médico”, compara). Por tanto, quede claro de partida que estamos hablando de algo bien distinto a la “basura repugnante que solo los más ruines intentan hacer pasar por periodismo”.

Las referencias a Eugenio Scalfari (mítico director de *La Repubblica* que acuñó la definición “periodista es gente que le dice a la gente lo que le pasa a la gente”); a Manuel Chaves Nogales, felizmente recuperado por el mundo editorial en estos últimos años; a Gabriel García Márquez (“Pensando en política, el deber revolucionario de un escritor es escribir bien”) y a tantos otros, convierte también el libro en una suerte de reivindicación de los maestros de periodistas que marcan el camino.

Izquierdo, quien plantea su visión crítica sobre el periodismo que en España y en casi toda Europa se practica, considera que el periodista es “un profesional que busca historias, que sabe encontrar los datos y contextualizarlos y,

finalmente, que posee la capacidad de contársela de forma atractiva y eficiente a los demás”. En ese cometido, los periodistas, como ha asegurado Soledad Gallego-Díaz, “suelen ser molestos porque, cuando hacen bien su trabajo, preguntan por cosas que no se quiere que se sepa y que siempre irritan a los más poderosos”.

Este “librito”, como el propio autor lo denomina, no podría haber pasado por alto la difícil situación laboral que sufren los periodistas. En el caso español, el Observatorio de la Crisis de la FAPE (Federación de Asociaciones de Periodistas de España), registra más de 10.000 afectados por los despidos desde el último trimestre de 2008 hasta mediados de 2013. Esta situación ya la exponía también de forma muy documentada el profesor Díaz Nosty en el ‘Libro negro del periodismo en España’ (2011). Cuando se escriben estas líneas, los penúltimos en caer en el pozo han sido los periódicos *El Adelanto*, de Salamanca, tras 130 años de vida, y *Área*, del Campo de Gibraltar. Desde hace algún tiempo ya hay dos provincias españolas sin ningún diario en papel: Cuenca y Guadalajara.

En el contexto del “terremoto digital”, el autor defiende la edición para Internet de los periódicos, al igual que la necesidad de las cabeceras impresas. Pero por lo que se refiere a los nuevos medios informativos presentes en la Red, se repasan sus múltiples y casi increíbles ventajas: poder acceder a documentos íntegros profundizando en la información narrada; a vídeos y otros materiales multimedia; o el hecho de la continuidad de las noticias, que permite al lector acceder a ellas en todo momento. Así como el incremento de lectores mundiales que facilita “la selva de Internet”, una selva que permite, por cierto, expresarse a muchos cuya voz era imposible que fuera oída antes. Otra cosa es la rentabilidad de los nuevos proyectos, la publicidad que no acaba de invertir lo suficiente en los nuevos medios, el modelo de negocio, en definitiva, que no cuaja. A ello se refiere también José María Izquierdo.

“Modestia, mucha modestia”, pide en otro punto de su discurso. “Hay que aprender a hacer periodismo, hay que conocer –y amar– el oficio”. Respecto a los jóvenes que debutan, asegura que “hay que leer y estudiar más. Mucho, muchísimo más”. El trabajo previo, imprescindible para poder llegar a ser un buen periodista, pasa por querer y saber documentarse y adquirir unos conocimientos determinados. Pero también por alcanzar el tono, el lenguaje e incluso la excelencia en la redacción periodística: “El periodista ha de saber escribir. Y escribir bien. Exprésese con sencillez y economía de palabras si quiere hacer una noticia. Emplee la hojarasca precisa –pero ni un adjetivo más– para hacer un artículo o un reportaje. Y, además, repase sus fuentes, compruebe los datos. Una pieza informativa no es un poema” (pág. 38).

Algún buen ejemplo práctico presenta la obra, aspecto que puede servir para estudiantes de Periodismo o profesionales con ganas de mejorar. Es el caso de aquel periodista al que le toca cubrir la tragedia humana de un desahucio, realidad tan frecuente ahora, por desgracia.

Sobre la preparación que suele presentar la mayor parte de los aproximadamente 3.000 licenciados o graduados que cada año salen del casi medio centenar de facultades de Comunicación que existen en España, al autor le resulta “descorazonador constatar qué tipo de formación han recibido en la universidad”. Una opinión que secundan muchos otros profesionales experimentados, para quienes siguen siendo más evidentes las carencias culturales y de capacidad expresiva oral y escrita de los egresados, frente a una mayor cualificación tecnológica que resulta a todas luces bagaje global insuficiente para garantizar las premisas desde las que construye el buen periodista su labor diaria. Algo se está haciendo mal, o no todo lo bien que se debería, desde la enseñanza universitaria.

Recomendable lectura para los enamorados del periodismo –del buen periodismo, se entiende–. Que todavía quedan. Y para quienes desean abrirse camino en un sector no menos turbulento hoy que apasionante siempre.

A lo largo del texto, una ventana desde la que ver y contar el panorama del periodismo, y del periodista, en tiempos de desastre, se presenta la descripción y la explicación del momento que vive el sector. Desde ahí se llega al capítulo que sirve de epílogo. En él se responde de forma breve y convincente sobre la función social que justifica la existencia del periodista profesional. Una respuesta que enlaza con la mejor tradición clásica: la información al servicio de la ciudadanía y como freno auténtico a las injusticias y a los desmanes del poder, sea financiero, político o de cualquier otra naturaleza.